

Su nombre y patria, y de sus sienes quite  
 El yelmo que, ocultando su semblante,  
 De su noble intencion no le permite  
 El premio recibir. A instancia tanta  
 Ya no pudiendo resistir, levanta  
 Su casco el paladin, y manifiesto  
 Al rey y á todos hace  
 Lo que á narraros, príncipe, me apresto  
 En otro canto, si escucharme os place.

## CANTO VI.

El rey de Escocia otorga á Ariodante la mano de su hija y le da en dote el ducado de Albania. — Viaje aéreo de Roger y su llegada á la isla de Alcina. — Descripción de esta hechicera y de su encantadora morada. — Astolfo, transformado en mirto, trata con sus consejos de preservar á Roger de las seducciones de Alcina. — Lidia Roger contra una turba de monstruos. — Vienen á su socorro dos doncellas.

Misero aquel que yerra  
 Ver esperando impune su delito,  
 Que, si no hay quien le acuse, hasta la tierra,  
 Hasta el aire alzará contra él el grito;  
 Y el mismo Dios, que al pecador consiente  
 Celar su crimen uno y otro día,  
 A descubrirlo al fin siempre le guía.  
 Con la muerte del único testigo  
 De su maldad, pensaba Polineso  
 En eterno silencio sepultarla  
 Y conjurar así todo castigo.  
 Mas, este nuevo exceso,  
 Por celar otro exceso, cometido,  
 El instante fatal acelerando  
 Que hubiera cuando ménos diferido,  
 Con la vida perder le hizo en un día  
 Amigos, patria, bienes  
 Y honor, tesoro de mayor valía.



Ya dije cual, movido  
 Por los ruegos del rey, las nobles sienas  
 Descubre el paladin de la princesa;  
 Pero no dije cual fué la sorpresa  
 De la corte y del rey, viendo el semblante  
 Del mismo cuyo trágico destino  
 Refiriera á Ginebra el peregrino.

Impelido Ariodante

Por insana pasion, desde una roca  
 Al mar se lanza con ardor funesto;  
 Mas á tocar su pecho viene presto  
 Aquel instinto natural que inspira  
 El temor de la muerte al que de léjos,  
 Tal vez desesperado, la provoca,  
 Cuando su torva faz de cerca mira.  
 De insensata y de loca

Su audaz resolucion calificando,  
 Ariodante, con brazo vigoroso,  
 Las turbias aguas de la mar cortando,  
 Torna á la playa, y, por sendero extraño,  
 Llega á la habitacion de un ermitaño.

Desconocido y solo, en esta cueva  
 Vivir se proponia,  
 Hasta saber qué efecto aquella nueva  
 En la bella princesa producia;  
 En escuchar no tarda allí que, á punto  
 De espirar, la doncella, en su delirio  
 El nombre de Ariodante repitiendo,  
 Le achacaba el rigor de su martirio.  
 Concordar no podia  
 El amante infeliz lo que escuchaba  
 Con lo que, claro cual la luz del dia,  
 Seguro él mismo de haber visto estaba.  
 Oyendo en fin que á su adorada bella  
 Lurcanio acusa, en cólera se enciende  
 Contrá su propio hermano,  
 Que su honra venga y su razon defiende,  
 Y á mover en favor de la doncella

El mismo se dispone el hierro insano  
 Al ver que nadie acude á defendella.

En efecto, ora sea

Que hasta á los mas intrépidos asusta  
 El valor de Lurcanio, ora que justa,  
 De este guerrero oyéndola en el labio,  
 La acusacion al público parezca,

A vindicar su agravio

Hallar el rey no puede quien se ofrezca.

« ¡Ah, misero de mi! ¿Cómo podria, »

Se decia Ariodante, « entre las llamas

« Verla espirar y por la culpa mia?

« De mi alma norte, de mis ojos faro,

« Dejarte yo no debo sin amparo,

« Y si salvarte mi valor no puede

« Vencido con honor al ménos quede.

« Sé que razon no tengo;

« Sé que á lidiar por la injusticia vengo;

« No me arredra el morir; mas me acobarda

« El pensar en la suerte

« Que tras mi muerte á la princesa aguarda.

« Una, empero, una idea

« Viene á templar de mi dolor el peso,

« Y es que en la lid comparecer no vea

« La infiel á Polineso,

« Por cuyo amor expuso asi sus dias,

« En tanto que, de su honra en la defensa,

« Verá solo brillar las armas mias.

« Si; de mi propio hermano,

« Que á reparar mi afrenta se dispone,

« Recabaré venganza, ó de su mano

« Recibiré la muerte,

« Que vengar con sus armas se propone. »

Dice: y nuevo bridon y nuevas armas

Y negra vestidura

Y negro escudo, tachonado á listas

De negro y de amarillo, se procura,

Parte; y á poco encuentra un extranjero



Que se ofrece á servirle de escudero,  
Y en cuya compañía

Al sitio de la lid sus pasos guía.

Al mirar á Ginebra libertada,

Su inocencia probada

Y castigado al duque, es indecible

El júbilo del rey, quien persuadido

Queda, al ver la conducta de Ariodante,

De que en la tierra hallar no era posible

Un amor mas sincero y mas constante;

Y por lo tanto, y porque amóle siempre,

Y á instancias de Reinaldo y de la corte

De la princesa haciéndole consorte,

El ducado de Albania, que por muerte

De Polineso adviene á la corona,

A los nuevos esposos abandona.

Dalinda, cuya gracia

Obtiene el paladin, arrepentida

Los yerros de su vida

Desde Escocia á purgar se marcha á Daza,

Y allí la vida religiosa abraza.

Roger en tanto, en su veloz carrera,

De Europa ya distante,

Traspasa la barrera

Que al audaz navegante

Hércules prescribió. La azul esfera

Surca veloz cual el sulfúreo rayo

Que, en su justa venganza,

Omnipotente diestra al suelo lanza.

Bravo es Roger; mas á afirmar me atrevo

Que, de ese mundo nuevo

Al verse en las regiones elevadas,

Su corazón desmaya

Y que en su seno tiembla, cual del haya

Al huracán las hojas delicadas.

Cuando, con rumbo rápido y derecho,

Hubo corrido su corcel gran trecho,

Sobre una isla se para, semejante

● A la insula do, huyendo de su amante,

Bajo la mar abriéndose camino,

● La virgen Aretusa en balde vino.

No vió Roger en toda su carrera,

Ni es verosímil que en el orbe exista,

Mas hermoso pais que el que á su vista

Se presentó, cuando su raudo vuelo

Hipogrifo detuvo sobre el suelo.

Praderas y collados,

Que de brillantes flores matizados

Mantiene siempre un límpido arroyuelo,

Allí se ven. De palmas, de laureles

Y cedros odoríficos verjeles;

Naranjos de que, unidas á las flores,

Brillan las frutas con olor distinto,

Templan en este encantador recinto

De la estación estiva los ardores.

Alegre, entre sus ramos,

El ruiseñor entona cantilenas,

Y, entre claveles, rosas y azucenas,

Saltan libres conejos, corzos, gamos.

El ciervo de cabeza coronada

Vaga por donde quier, y ufano muerde

La fresca grama en todo tiempo verde.

A tierra baja el Hipogrifo, y cuando

Cerca se ve Roger al suelo salta,

Que tanta flor y tan vistosa esmalta;

Mas, temeroso de que el vuelo alzando,

Torne á emprender el bruto su camino,

Entre un laurel y un pino

A la orilla del mar sus riendas ata

En torno á un arrayán. De allí no léjos

Bulle una fuente de parlera plata,

De cuya onda en los límpidos reflejos

La pompa de su orilla se retrata.

Dejando allí su escudo, el capacete

Alzando de su sien, y entrambas manos

Desnudando del férreo guantelete,



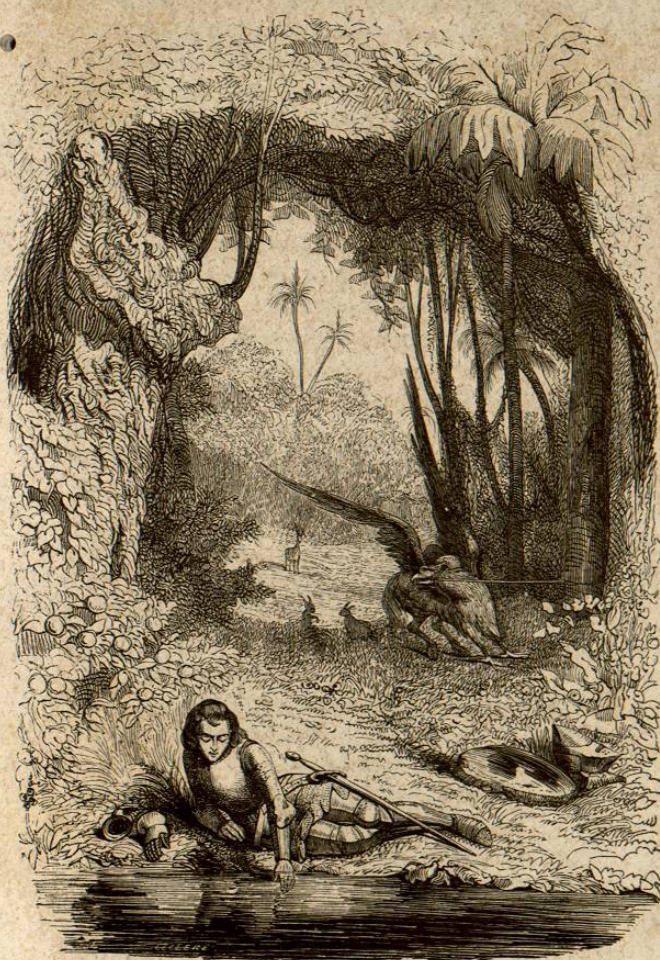
Su faz vuelve el guerrero, agora al monte,  
 Agora al mar, por respirar el aura  
 Que su cansado espíritu restaura;  
 Y, acosado de sed y de fatiga,  
 En las ondas mitiga  
 El ardor de su pecho que, sin treguas,  
 Cubierto del paves y la loriga,  
 Anduvo en su corcel mas de mil leguas.  
 La aromática yerba  
 Paciendo, el bruto en torno al mirto gira,  
 Cuando, de pronto huyendo, se retira  
 De no sé qué que en la espesura observa.  
 No consigue soltarse; mas, con ronco  
 Estruendo, el arrayan su copa abaja,  
 Y, de su gala despojado el tronco,  
 Cruje y rechina, y, roto, se desgaja.

Cual leño que, arrojado  
 En medio de la llama abrasadora  
 Que sus pútridas médulas devora,  
 Ardientes chispas murmurando lanza,  
 Así se agita el mirto quebrantado,  
 Y, con acento claro y lastimero,  
 Dirige estas palabras al guerrero:

« Si no es ménos cortes y generoso  
 « Tu corazon que bello tu semblante,  
 « De mi tronco al corcel por Dios desata.  
 « La fortuna harto ingrata  
 « Me es ya sin que tú vengas este dia  
 « A acrecentar mi bárbara agonía. »

Escuchando esta voz, vuelve en el acto  
 La faz y estupefacto  
 Nota Roger que sale del arbusto.  
 Dispuesto á darle gusto  
 Suelta el caballo, y, bien que con vergüenza,  
 En esta forma á razonar comienza:

« ¡Oh selvática Diosa! ¡oh tú quien quiera  
 « Que, de esta opaca selva en el recinto,  
 « Bajo ruda corteza, humano instinto



Roger en la isla de Alcina. (T. I, p. 82.)

UNIVERSIDAD DE BURGOS  
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
 ALBACETE, S. L.  
 Calle de la Universidad, 10



« Y humana voz escondes! si, imprudente,  
 « Tus hojas ofendi que eternamente  
 « Respetaron los vientos y el granizo,  
 « Fué que nunca pensé que se escondiera  
 « Un alma viva en forma tan grosera;  
 « Mas si del mal que mi ignorancia te hizo  
 « Alguna parte resarcir me es dado,  
 « Por aquella que hechizo  
 « Es de mi amante corazon, te juro  
 « Hacer tanto por ti, que estoy seguro  
 « De conseguir la gracia que reclamo. »

No bien de hablar el héroe así termina,  
 Trémulo el mirto con fragor rechina  
 Semejante al de un ramo  
 Lanzado verde en enemigo fuego;  
 Por su ruda corteza,  
 Sudor copioso á discurrir empieza,  
 Y de este modo al héroe dice luego:

« De tu alma la nobleza  
 « Estimulando, oh paladin, la mia,  
 « A referirte voy quién fui un día,  
 « Y quién, en esta playa,  
 « En mirto estéril trasformado me haya.  
 « Astolfo fui. Bajo las lises de oro  
 « Lidiando siempre, hice temblar al Moro.  
 « Del conde Orlando y del de Amon fui primo;  
 « La Bretaña á mi padre obedecia,  
 « Y la corona de este reino opimo  
 « De la suya á mi sien pasar debia.  
 « Mi belleza, á mas de una enamorando,  
 « La causa es hoy de mi destino infando.  
 « Hacia el ocaso por la mar que azota  
 « El iracundo septentrion tornaba  
 « Yo con Reinaldo y otros campeones  
 « De la ínsula remota  
 « Que el mar de la India por Oriente lava,  
 « Y de cuyas prisiones  
 « Vino á arrancarnos, con potente flota,



« El adalid de Brava;  
 « Cuando, al primer albor de un claro día,  
 « A nuestra vista apareció el palacio  
 « De Alcina, á quien bien presto, á breve espacio  
 « De allí, sentada vimos por el suelo  
 « Sola, sin red pescando y sin anzuelo.  
 « El delfin á sus plantas acorria,  
 « Y el grueso atun, abierta la ancha boca,  
 « El buey de mar, la foca,  
 « De su sueño letárgico saliendo,  
 « A su voz acudian. Gruesas bandas  
 « Iban detras de barbos, tiburones,  
 « Rodavillos y sollos y salmones,  
 « Una enorme ballena, la mas grande  
 « Que vió la mar sin duda en su esmeralda,  
 « Aparece despues; su negra espalda  
 « Once varas y mas sobre las ondas  
 « Descubre. Inmóbil esta mole inmensa  
 « Viendo, un islote ver cada cual piensa.  
 « La seductora hermana  
 « De la célebre mágica Morgana  
 « Tiende la vista sobre mí. Mi aspecto  
 « Causa en su pecho un súbito trastorno;  
 « Mas, de mí viendo en torno  
 « Tantos guerreros, con astucia rara  
 « A separarme dellos se prepara.  
 « Caballeros, nos dice,  
 « Si en mi mansion felice  
 « Entrar os place á descansar, bien pronto  
 « Os haré ver la copia peregrina  
 « De cuanto pez distinto nutre el ponto  
 « En el seno de su onda cristalina.  
 « Conmigo, empero, sobre aquella arena,  
 « Donde siempre á estas horas aparece,  
 « Venid ántes á ver una sirena  
 « A cuyo canto el piélagó enmudece.  
 « En esto, á mí se acerca la ballena.  
 « Ciega victima yo de ardor funesto,

« Sobre su lomo avánzome bien presto.  
 « Reinaldo me aconseja  
 « Y Dudon que mi afan no satisfaga;  
 « Mas ya la astuta maga  
 « Está á mi lado y á mi lado deja,  
 « Y á mi pesar, la playa con el monstruo,  
 « Que de Reinaldo y de Dudon me aleja.  
 « Aquel, por darme ayuda,  
 « Salta á la mar, que alzándose sañuda  
 « Ruina amenaza, destruccion y muerte,  
 « Y, desde aquel instante,  
 « No sé cual fué del paladin la suerte.  
 « Consuélame la maga, y á mi lado  
 « Habiendo todo el día  
 « Y la siguiente noche caminado,  
 « A una insula me guia  
 « De cuya mayor parte hizo señora  
 « A Alcina su codicia usurpadora.  
 « De este y todos sus bienes heredera  
 « Dejó su padre á Logistila, que era  
 « La sola que, entre todas las hermanas,  
 « De legitimo tálamo naciera;  
 « Pues que (sabido es esto)  
 « Hijas eran de incesto  
 « Las otras dos. Al verla, huyendo el vicio,  
 « Entregarse del bien al ejercicio,  
 « Liga formaron estas contra aquella,  
 « Y, por lanzarla de insula tan bella,  
 « Numerosas legiones han armado  
 « Y mas de cien castillos le han quitado.  
 « Y de todos sus bienes  
 « La despojara la fraterna saña,  
 « Si la mar, por un lado,  
 « Y por el otro una áspera montaña  
 « El paso no cerrasen, como cierra  
 « El alto monte y el profundo rio  
 « La entrada de la Escocia al de Inglaterra.  
 « Mas, ¿porqué de mi asunto me desvió?



« Ansias abrasadoras  
 « En lo hondo de su pecho Alcina siente,  
 « Y yo, á la vista de este amor, del mio  
 « Siento tambien crecer el fuego ardiente.  
 « ¡Cuán poco, oh Dios, en tan felices horas  
 « De mi patria me acuerdo y de mi gente!  
 « Enredado de Alcina al blanco cuello  
 « Júzgome el hombre mas feliz del mundo,  
 « Y, al ver su rostro bello,  
 « Mi dicha toda en adorarla fundo.  
 « Tanta, mayor acaso que la mia,  
 « Era su llama, y nuevas  
 « De ella me daba á cada instante pruebas.  
 « Por mi amor, olvidó cuantos amantes  
 « De sus caricias disfrutaban ántes.  
 « De mi se aconsejaba, y noche y día  
 « Viviamos en dulce compañía.  
 « ¡Mas ah! ¿porqué la llaga  
 « Que mi pecho destroza, así renuevo?  
 « ¿Porqué, miéntras buscar alivio debo,  
 « En ella mas y mas clavo la daga?  
 « Dos meses no gocé tan dulce estado;  
 « Pues, miéntras mas amado  
 « Y mas feliz juzgábame que nunca,  
 « Su afecto retirándome la ingrata,  
 « Mis halagüeñas esperanzas trunca;  
 « Me aleja con desden, y me maltrata,  
 « Dando á otro el corazon que me arrebató.  
 « De ingratitud y de inconstancia alarde  
 « Hizo siempre la maga;  
 « Mas, por mi daño, conocí muy tarde  
 « Que á todos siempre así la infame paga.  
 « Y á fin de que ninguno por el orbe  
 « A propalar su escándalo se vaya,  
 « Y de seguir la estorbe  
 « En su torpe existencia, en esta playa  
 « Convierte, á su albedrío,  
 « A cual en cedro, á cual en mirto ú haya,

« Arroyo ú fuente, ó fiera, ó peña, ó rio.  
 « Oh tú, señor, que por ignota via  
 « A destruir de alguno la alegría  
 « Hácia este suelo dirigiste el paso,  
 « De Alcina dueño, acaso,  
 « Sobre todo mortal, por rara suerte,  
 « Venturoso serás; mas teme verte,  
 « Al despertar de un engañoso sueño,  
 « Trocado en bruto, en peña, en flor ó en leño.  
 « Este aviso, gustoso te doy ora,  
 « Si bien tal vez no llegue á aprovecharte:  
 « Mas conviene que el arte  
 « Conozcas de esa infame seductora.  
 « De su perfidia acaso preservarte  
 « Podrás, bien que lo dudo, y si consigues  
 « Que su heldad tu espíritu no asombre  
 « Harás lo que jamas pudo hacer hombre. »  
 Roger, á quien la fama  
 Instruyó de que Astolfo era pariente  
 De la célebre dama  
 Por quien tan vivo amor su pecho siente,  
 Se duele al verlo en mirto convertido;  
 Mas, de aliviar su cuita  
 Otro medio no viendo, se limita  
 A dar aliento á su ánimo abatido.  
 É informándose luego de la via  
 Que, sin pasar de Alcina por el reino,  
 A la mansion de Logistila guia;  
 « Otro camino existe, dice el mirto,  
 « Mas de peñascos ásperos cubierto.  
 « Tomando hácia tu diestra,  
 « A aquel monte desierto  
 « Que ves allí, dirigirás tus huellas;  
 « Mas no pienses, señor, que sin querellas  
 « Podrás en tal camino aventurarte,  
 « Que de monstruos verás terribles huestes  
 « El paso palmo á palmo disputarte,  
 « Cuando á pasar sus limites te aprestes. »



Al mirto el paladin las gracias dando,  
 Para partir dispónese, jurando  
 Emplear de su brazo todo el brio  
 Por resistir de Alcina al poderío.  
 Su primer movimiento  
 Fué de montar en el corcel alado;  
 Mas detúvose al ver cuan arriesgado  
 Era lanzarse á la region del viento  
 Sobre un corcel que al freno no atendia.  
 « Con la espada, decia,  
 « El paso me abriré; » mas no dos millas  
 Camina de la mar por las orillas  
 Cuando sus ojos de la maga advierten  
 La soberbia ciudad. En torno della  
 Fuerte muralla, que se eleva al cielo  
 Y que un hermoso término comprende,  
 Mira Roger. No falta quien pretende  
 Que obra fué de la alquimia  
 Este elevado muro  
 Que el brillo tiene del metal mas puro.  
 Al llegar cerca dél, abandonando  
 Roger la llana y ancha carretera  
 Que va de Alcina hasta el palacio infando,  
 Toma á la izquierda por la angosta ruta  
 Que le conduce al pié de la montaña,  
 Do presto, en torno suyo, hueste extraña  
 Ve, que tenaz el paso le disputa.  
 De tan informes monstruos nunca cupo  
 Al mundo ver mas asqueroso grupo.  
 Con cuerpo de hombre, de mandril ó gato,  
 En la cabeza aquel muestra el retrato.  
 Cual de un sátiro el pié descubrir deja,  
 Cual, corriendo, al centauro se asemeja.  
 La juventud desnuda  
 Ofende con sus gestos la decencia,  
 Y la vejez, bajo su piel velluda,  
 Muestra la agitacion de la demencia.  
 Cual de un corcel sin freno el flanco aflige;

Cual asno lento ó buey pesado rige;  
 Cual de un centauro las espaldas bruma;  
 Cual de una grulla ó de un halcon la pluma.  
 Un vaso el uno llévase á la boca;  
 Un cuerno el otro toca;  
 Cual, macho ó hembra, y cual hermafrodita,  
 De un garfio viene armado ó de una pala;  
 Cual de una lima sorda ó de una escala.  
 Sobre enorme galápagos marchaba,  
 En el báquico sueño sepultado,  
 El capitan de esta caterva hedionda,  
 Cuyo amplio vientre y cuya faz redonda  
 De todos los demás le distinguian.  
 En torno dél, marchaban varios otros  
 Que el curso del galápagos regian.  
 Uno enjugaba de su torva frente  
 El copioso sudor que la inundaba;  
 Otro del sol ardiente  
 Con un lienzo los rayos mitigaba;  
 Otro, que humano el pié tiene, y el vientre  
 Y cabeza de perro, con ladridos  
 Al paladin quiere obligar á que entre  
 En la ciudad que á sus espaldas queda.  
 « Jamás, » dice Roger, « mientras que pueda  
 « Este mi brazo manejar la espada. »  
 Cuyo pomo empuñando con su diestra  
 La aguda punta á su adversario muestra.  
 Arde el monstruo en furor. Con una lanza  
 A herir al héroe se dispone, cuando  
 Este sobre él furioso se abalanza,  
 Y su espada hasta el pomo  
 En el vientre del monstruo sepultando,  
 Hace asomar la punta por el lomo.  
 Su escudo entónces con la izquierda embraza,  
 Y con la diestra á la caterva embiste.  
 Mas es tan numerosa  
 La nauseabunda hueste que le acosa,  
 Que en vano, en vano hiere,



En vano mata; la insolente turba  
 Con otro sustituye a aquel que muere,  
 Y por librarse de ellos vano fuera  
 El deseo del héroe, aunque tuviera  
 Mas manos y mas brazos que Briareo.

A sus plantas postrar la hueste entera  
 Bien pudo en un instante,  
 Descubriendo el broquel del viejo Atlante;  
 Mas ó no lo pensó, ó el vencimiento  
 Tuvo á ménos deber á encantamiento.  
 Y en tanto que los últimos esfuerzos,  
 Por verse libre, hacia,  
 Y á vencer ó morir se disponia,  
 Por las lucientes puertas del palacio  
 Dos damas ve salir. Su rico traje,  
 Su gracioso ademan, su bello porte,  
 Muestran el esplendor de su linaje  
 Y los hábitos regios de una corte.

De un unicornio, blanco  
 Cual el mas puro armiño,  
 Viene cada una comprimiendo el flanco;  
 Y es tanta su beldad, tal es su aliño,  
 Que la vista y el alma ante ellas ceden,  
 Y de aquello que ven juzgar no pueden.

Las damas, dirigiéndose hácia el prado  
 Donde Roger contra la vil canalla  
 Sostiene cruda y desigual batalla,  
 Las blancas manos tiéndenle amorosas.  
 Él, de púrpura y rosas  
 Sus mejillas tiñendo, les da gracias,  
 Y, lleno de contento sobrehumano,  
 Al castillo con ellas marcha ufano.

De las mas raras piedras de Levante  
 Adornado se muestra el frontispicio  
 De este bello edificio.  
 Cuatro gruesas columnas de diamante  
 Sostienen la magnífica portada,  
 ¿Y qué importa que aquel fino no sea

- Siempre que tal parezca al que lo vea?  
 De ropas verdes todas adornadas,
- Y de verdes guirnaldas coronadas,  
 Por el umbral y en torno á las columnas  
 Bailando, en tanto, giran mil doncellas,  
 Que, á ser mas recatadas,  
 Parecieran quizá mucho mas bellas.  
 Sus gracias, sus ofertas  
 Al guerrero seducen,  
 Y del templo de amor hasta las puertas,  
 En voluptuosos grupos, le conducen.  
 Si, del templo de amor; que allí sin duda  
 Debió nacer y allí fijar su albergue,  
 Do, en juego alegre y en festiva danza,  
 Vuela el tiempo á medida que se avanza.  
 La vejez, los disgustos, la pobreza  
 Huyen de aquella deliciosa estancia,  
 Y con pródiga mano en ella vierte  
 Su benéfico cuerno la abundancia.  
 La dulce primavera no abandona  
 Estos sitios jamas. De un fresco arroyo  
 A la orilla sentado, sobre un poyo,  
 Por aqui el uno cánticos entona.  
 Sobre la verde alfombra  
 Trisca aquel por allí; mientras de un cedro  
 Otro sentado á la apacible sombra,  
 Con un su confidente retirado,  
 De su pecho revélale el estado.  
 De los pinos y abetos por las copas  
 Vagan amores en aladas tropas.  
 Cual en herir se emplea,  
 Con sus dardos, altivos corazones;  
 Cual en cantar sus triunfos se recrea;  
 Cual templea sus saetas á la margen  
 De un arroyo tranquilo;  
 Cual aguza en los mármoles su filo.  
 En esto, ante el guerrero denodado,  
 Conduciendo un corcel, cuyos arreos



De perlas y oro brillan con trofeos,  
 Se presenta un mancebo preparado  
 A seguirle en su viaje,  
 Y el ardor y el coraje  
 Del bruto alado á refrenar. Las damas,  
 A cuya vista huyó la chusma aleve,  
 Acercándose al héroe : « Vuestro amparo,  
 « Dicen, señor, á reclamar nos mueve  
 « De vuestra gloria el esplendor precioso.  
 « No léjos de estos sitios corre manso,  
 « Por ese llano, un rio,  
 « Cuyo puente defiende sin descanso  
 « De una maga falaz el arte impio.  
 « Erifile es su nombre. Su estatura  
 « A la estatura de un gigante excede;  
 « Largo es su diente, agudo y ponzoñoso;  
 « Sus uñas y sus garras son de un oso;  
 « Y es tanta su maldad, que, no contenta  
 « Con cerrar el camino  
 « Al que aquel puente atravesar intenta,  
 « En recorrer este jardin se goza,  
 « Y sus plantas, sus árboles destroza.  
 « De la feroz caterva  
 « Que vino en tu camino á molestarte,  
 « Esa maga proterva  
 « En su seno llevó la mayor parte;  
 « Y todos, que en maldad se le parecen,  
 « Sus órdenes sumisos obedecen. »  
 — « No, prorumpe Roger, una batalla,  
 « Mil trabaré por vos; que aquesta malla  
 « Que circunda mi pecho  
 « Jamas vesti por adquirir riquezas.  
 « La inocencia, el derecho,  
 « La beldad, cual la vuestra,  
 « Mueven tan solo mi incansable diestra. »  
 Las damas esta oferta agradecieron,  
 Digna de un jóven de tan raro brio,  
 Y, á la orilla del rio,